

MUERTE DE UN IZQUIERDISTA

«IZQUIERDISTA», en la jerga del partido comunista, es un sectario con comportamiento provocativo. Cuando el izquierdismo fue condenado por Lenin, en 1920, se estaba refiriendo, sobre todo, a algunos teóricos, contra los que quería poner en guardia al II Congreso de la Internacional. Los relegaba a una situación infantil. Eran víctimas, según el título del opúsculo de Lenin, de la «Enfermedad infantil del comunismo». Una de estas enfermedades era el oportunismo, el doctrinarismo de derechas: aquellos que pactaban fácilmente, aquellos que se dejaban tentar por la comodidad de la entrada en el sistema político, por ciertas tentaciones patrioterías, por una tendencia a lo pequeño-burgués. La otra, el oportunismo de izquierdas, el izquierdismo. Era la más grave. Ya entonces los derechistas —los mencheviques— habían perdido la partida: inquietaban más los otros. Estos izquierdistas se oponían a toda alianza posible, a todo movimiento táctico, no aceptaban los sistemas parlamentarios y defendían, en palabras de Lenin, «el comunismo puro, es decir, abstracto». El izquierdismo era un «vanguardismo» propio de debutantes, carente de madurez. El izquierdista carecía de «agilidad táctica», que era una condición esencial: «Sólo nos falta una cosa para ir a la victoria con más seguridad y firmeza: el sentimiento claro y profundo, en los comunistas de todos los países, de la necesidad de tener el máximo de agilidad en su táctica».

EL comunismo marxista-leninista, practicado así por la URSS y por la mayor parte de los partidos comunistas oficiales, es una política de la derecha. Desde el pacto germano-soviético hasta la coexistencia pacífica, desde el apoyo a regímenes anticomunistas, como el de Egipto, hasta abandonos de movimientos revolucionarios, como las guerrillas hispanoamericanas, ha actuado dentro de esa política de lo posible, del que el opúsculo citado es claro manual, un clásico, un ejemplo del realismo nada utópico de Lenin.

PERO el izquierdismo, casi olvidado durante años, aparte de algunas condenas o exclusiones de teóricos revisionistas, ha brotado con enorme fuerza, al mismo tiempo que hay renacimiento del oportunismo de derecha —si se acepta la definición leninista— como podría ser el reflejado por Checoslovaquia, Rumania, puede ser que, ahora, Hungría. Y la creciente serie de movimientos mundiales, con distintos nombres, que reivindican y aceptan el título de izquierdistas. Podría ser que su fuerza inicial hubiera estado en los Estados Unidos, con su «New Left», tan amplia y tan combativa, pero estos movimientos no resultaban condenables en tanto que no desplazaban hacia la derecha óptica a un partido comunista —que, prácticamente, no existe en Estados Unidos—; pero no ocurre así en países como Italia y como Francia, con grandes, poderosos partidos comunistas: poderosos electoralmente y poderosos por sus sindicatos. El gran desafío izquierdista —«gauchiste», con nombre francés ya traspasado a España, porque la traducción izquierdista se suele emplear aquí para señores de pensamiento democrático y liberal—, surgió en mayo de 1968 con la acción de aquellos pecadores, hoy ya relapsos, que tuvieron al país levantado en revolución contra todos los pronósticos. Cayendo en el «espontaneísmo», procedentes de los «grupúsculos» —situaciones condenadas—, traspasaron el movimiento estudiantil al obrero, consiguieron una huelga general de diez millones de personas y dejaron herido de muerte al régimen. El partido comunista no les apoyó, consideró que el movimiento no tenía salidas posibles y, mientras otros políticos de la izquierda —no «gauchiste»— se manifestaban junto a ellos en la calle y pedían el poder, repitió las palabras de condena de la doctrina oficial.

LA situación se ha reproducido ahora en el entierro del joven izquierdista René-Pierre Overney, muerto de un disparo hecho por un vigilante particular de las fábricas Renault cuando se manifestaba ante ellas. ¿Por qué Overney, y otros camaradas suyos, se manifestaban? Estaban protestando porque otro izquierdista había sido despedido de Renault por vender —en la calle, a la puerta— el periódico izquierdista «La cause du peuple» —el periódico que había apadrinado Sartre en momentos difíciles—, y las repetidas manifestaciones habían provocado ya algunos disturbios. Si leemos «L'Humanité», la acción de Overney y sus camaradas es, en la realidad, «una vasta empresa de provocación poli-

tica en beneficio del poder», y los dirigentes del sindicato comunista CGT —cuyo secretario general, Seguy, se distinguió ya en la lucha antigrupúsculo en mayo de 1968— declaran que, en realidad, lo que los izquierdistas pretenden es «frenar las reivindicaciones de los obreros de la Renault y reducir las libertades democráticas». Georges Marchais, secretario general del PCF, ha exclamado: «No hay que volver a comenzar como en mayo de mil novecientos sesenta y ocho», términos parecidos a los que utiliza el editorialista del periódico de la mayoría gubernamental «La Nation».

PERO, ¿puede volver a comenzar todo esta primavera como la de hace cuatro años? Mucha gente lo cree así en París y, probablemente, la mayor dureza de la actitud radical del PCF se debe a que lo teme. En el «Times», de Londres, se dice que crecen los rumores de que van a alzarse de nuevo las barricadas. El «Times», sin embargo, no lo cree. «La esencia de mayo de 1968 fue que tomó a todos por sorpresa. Es difícil imaginar que puede ocurrir de nuevo cuando todo el mundo está vigilando para que no ocurra. Ni el Gobierno ni la Policía parecen dispuestos a dejarse atrapar por otras manifestaciones callejeras en París. Ni es fácil imaginar que la clase trabajadora obrera francesa pueda ser ahora conducida a una huelga general, por el ejemplo de una revuelta estudiantil». En «Le Monde», Pierre Vianson-Ponté comenta que «la mayoría silenciosa favorable al poder se une a la mayoría de la oposición» en evitar un nuevo mayo, y da la razón al editorialista de «Combat», que se pregunta si René-Pierre Overney no habrá «muerto para nada».

QUIZA haya muerto para su entierro. El entierro, el sábado pasado, resultó ser un importante acto político. El Gobierno había tratado de evitar que se le enterrase en París, y las empresas funerarias se negaron: fue llevado a hombros por sus camaradas, en una manifestación autorizada, y quizá inteligentemente autorizada, por el ministro del Interior. A lo largo del recorrido, ¿cuántas personas había? Quinientas mil, dicen los organizadores y las fuentes izquierdistas; 18.000, dice la Policía —cifra que los observadores consideran como inútilmente ridícula y se

Además del entierro —en el que la comitiva alcanzó cuatro kilómetros de longitud—, se han prodigado las manifestaciones de protesta contra la muerte del joven izquierdista.





Entrada de la factoría Renault en Boulogne-Billancourt, cerca de París, donde fue muerto René-Pierre Overney.

puede negar fácilmente: «entre la cabeza y la cola del desfile, por una de las avenidas más amplias de París, había cuatro kilómetros» (Feliciano Fidalgo, en «Ya»). En este entierro estaban presentes todas las fuerzas políticas de la izquierda —además, naturalmente, de los «gauchistes»—, con la excepción, evidentemente natural, de los comunistas oficiales, excepción natural porque todo el entierro fue una continua manifestación contra los comunistas —más violenta aún que contra el poder, la Policía y la Renault—, lo que subrayaría el dirigente izquierdista Alain Geismar —surgido a la política precisamente en mayo de 1968, perseguido y condenado por lo menos dos veces desde entonces—, mientras el secretario general del PCF, Georges Marchais, a distancia, acusaba a todos ellos de anticomunismo y de colaboracionismo con el poder.

NO hubo un solo incidente en este entierro, que podía haber sido conflictivo, del que algunos pensarían que iba a ser el inicio de las barricadas del cuatrienio. Y no lo hubo porque en las proximidades no se vio ni siquiera un solo policía. ¿Por qué no se vio? Era evidente que al ministro del Interior, Marcellin, y a los estrategas y tácticos del poder, no les interesaba, en absoluto, romper este acto de la división de la izquierda francesa. Porque es indudable que este suceso va a tener repercusiones en la ya difícil relación de los comunistas con las otras fuerzas políticas. Pensemos en que mientras la CGT acusaba la «colusión» del poder, la dirección de Renault y los maoístas, la CFDT (sindicatos cristianos) publicaba una nota en la que advertía que «rechaza, "a priori", sospechar de la sinceridad de los que luchan contra la explotación del sistema capitalista, y dejarse arrastrar por análisis sumarios que la situarían, de hecho, del lado del poder y del patronato». Quiere decir esto que los análisis del PCF pueden arrastrarle a ese lado... En suma, es una acusación. Todos se acusan ahora, unos a otros, de hacer el juego del poder.

EN torno a este cadáver —este maoísta muerto el mismo día que Mao firmaba algunos acuerdos con Nixon, podría decirse con demagogia fácil, pero descriptiva de una cierta soledad revolucionaria—, numerosos juegos políticos se anudan. Por ejemplo, el partido socialista francés reprocha a los comunistas franceses de no haber sido suficientemente explícitos en la condena de la actitud soviética contra el derecho de Checoslovaquia y no de no aceptar el izquierdismo francés; unos les atacan por derechistas, por oportunistas que se ligan al sistema y buscan la comodidad de la pequeña burguesía, otros porque son excesivamente revolucionarios todavía, porque tienden a destruir más que a construir...

A eso arrastra, tal vez, el exceso de «agilidad táctica». Se puede llegar a perder el aspecto de coherencia, el aspecto de sinceridad. El PCF necesita, y quizá desea, profundizar más en el camino de un socialismo democrático, pero, al mismo tiempo, no puede permitir que nadie le desborde por la izquierda —también dijo Lenin: «A mi izquierda, nadie»—; trata de hacer posible un gobierno —o una coalición electoral— del tipo de Frente Popular, pero no puede cambiar su vocabulario, ni su estilo.

UNA GRIPE PODRÍA SER HISTÓRICA

RIESGO EN ALEMANIA FEDERAL PARA LA APERTURA AL ESTE

PODRÍA ocurrir, puede ocurrir muy fácilmente, que la «Ostpolitik» del Gobierno alemán sea devorada por la oposición. ¿Qué ocurriría entonces? Willy Brandt se quedaría solo con su Premio Nobel, los tratados con la URSS no se pondrían en vigor, la Unión Soviética se volvería atrás de los acuerdos de Berlín, un Gobierno cristiano-demócrata —más duro que el anterior— volvería a Bonn y la tensión de «guerra fría» podría reanudarse en Europa... Quizá en el mismo momento en que Nixon esté en Moscú...

Todo esto es tan posible que puede depender de la gripe de un diputado, de los reparos de conciencia de otro. Uno ya, Herbert Hupka, social-demócrata, ha cambiado de bando: se ha unido a la oposición porque le inquieta que estos tratados rompan para siempre «la unidad de Alemania». Otro, el liberal Knut von Kuehlmann Stumm, pasa las noches en claro pensando si pasarse a la oposición o no, por reparos de conciencia. Si cae, la coalición gubernamental sólo tendrá un diputado de mayoría absoluta en la Cámara Baja (Bundestag), y en estos tiempos hay gripes, resfriados y algunos pretextos para no comprometerse resultan fáciles. Los tratados están pendientes de ratificación de la Cámara Alta (Bundesrat), pero en la Cámara Alta la oposición tiene un voto de mayoría sobre el Gobierno; si se niega a ratificarlos, volverán a la Cámara Baja y entonces...

Si el Parlamento no ratifica los tratados, Brandt tendrá que dimitir. Habrá que convocar nuevas elecciones generales en un plazo de dos meses, un año antes de su fecha oficial. Es decir, quizá hacia mayo —la fecha del viaje de Nixon a la URSS—. ¿Qué puede pasar en esas elecciones? Una encuesta de opinión pública realizada por un periódico —anti-

aperturista, eso sí— indica que el 52 por 100 de la población de Alemania Federal está contra los tratados. Si es así en la realidad, reaparecerá de nuevo la democracia cristiana, representada ahora por elementos duros y agresivos, como corresponde a su ya largo tiempo de oposición.

Pero aún puede ocurrir que el Gobierno retrase el voto en la Cámara Alta hasta después del 23 de abril: en esa fecha habrá elecciones en el Estado de Baden Wurtemberg, que envía representantes a la Cámara Alta, y el Gobierno confía en que puede ganarlas, con lo cual conquistaría la mayoría en dicha Cámara, la cual ratificaría los tratados. Como también puede ocurrir que haya alguna clase de presión por parte de los Estados Unidos, que temen seriamente a estas horas que se les desequilibre Europa y su «política de negociación». ¿Qué clase de presiones? Sobre la democracia cristiana, indudablemente; pero la democracia cristiana no está muy dispuesta a aceptarlas por una razón concreta: si pierde esta ocasión, si los tratados se aprueban y Alemania Federal cambia, en fin, su vieja piel de guerra fría por otra de cordero, se habrá ido quizá su última oportunidad. No tendrá razón de ser y tendrá que irse a engrosar los grupúsculos de la extrema derecha, mientras crecen la social-democracia y el partido liberal, que podrían llegar a ser así el dualismo del futuro: de la coalición de hoy a la oposición mutua y alternada de un mañana todavía lejano.

Quizá este riesgo sea más aparente que real. Quizá, incluso, se exagera para dar mayor sensación de autodecisión, de distintas opciones. Quizá, en fin, el juego esté ya tan avanzado que no haya manera de volverlo atrás y estén todos los controles asegurados. ■ E. H. T.